

César Manrique

Pintura 1958-1992

Textos para la exposición celebrada en el IVAM
entre el 10 de febrero y el 24 de abril de 2005

La dialéctica entre abstracción renovadora y figuración polarizó buena parte del debate plástico español de la década de los cincuenta. César Manrique (Lanzarote, 1919-1992), que se había trasladado a Madrid en 1945 para estudiar Bellas Artes, toma parte activa en la renovación abstracta de la pintura española emprendida en esa década y la siguiente.

A finales de 1959, Manrique se adentra en el tejido de su lenguaje genuino, con el que se vinculará, por un lado, a la vertiente matérica del informalismo español y, por otro, a lo que parece ser el espíritu de la Tierra. En sincronía con la preeminencia que el discurso de la materia y los nuevos materiales toma en el movimiento de renovación de la pintura europea por esos años, inicia su momento más brillante como pintor, particularmente intenso en la década de los sesenta, aunque con alcance y desarrollo durante la siguiente. Comienza a dar forma a su *nueva realidad* plástica: mineral, telúrica, en permanente conversación con una naturaleza originaria. La materia latente en sus retículas temblorosas de 1958 se adueña del plano pictórico. La textura se encrespa, se desordena y toma una forma áspera, abrupta, saturando la superficie. Piezas sobrias inicialmente, que pronto evolucionarán hacia un cromatismo vibrante que lo aleja de su generación.

En realidad, Manrique bien podría pintar caligrafías del origen de la vida, instantes previos al ser. De ahí la dimensión cósmica, germinal, de su plutonismo pictórico, que enriquecerá, a partir de mediados de los sesenta, con magníficos y numerosos cuadros en los que reverberan sus personales rojos ígneos, gamas calientes atravesadas por una pureza originaria.

La provisión del imaginario plástico de Manrique procede de las impresiones de la isla que el artista digiere, de la interiorización de una naturaleza específica: “Yo trato de ser como la mano libre que forma a la geología”, escribió. Pero su aparente naturalismo es de carácter paradójico, pues no nace de la reproducción realista del paisaje sino de su interiorización y decantación espiritual, a través de una intelección emocional: “sentimientos” y “sensaciones”, encauzados mediante una apoyatura lingüística abstracta. Manrique es un *pintor naturalista de la abstracción*.

La irradiación de la energía paisajística de Lanzarote en la obra de Manrique se intensifica en los años sesenta, en particular a partir de su estancia en Nueva York (1964-66) —allí pinta una magnífica serie de *collages*—. La isla se agiganta en su conciencia. Vive un proceso de acendramiento y de sueño. Confluyen dos circunstancias: la nostalgia que le provoca la áspera e intensa vida urbana de Manhattan, y el hecho de que, en torno a 1964, se pone en marcha todo el dispositivo de transformación paisajística y de adaptación de Lanzarote a la economía del turismo; un proyecto que ya desde la distancia lidera, en buena medida, el artista, implicado en la

conservación de su patrimonio y en la puesta en valor de la isla desde la década anterior.

El color, que surge de la propia materia, se enriquece, sin excesos: carmines flamígeros, azules de los fondos y los bordes marinos, verdes oxidados, hasta los más variados violetas, granates, arenas amarillas... en la frontera con la nueva década de los setenta. Con el paso de los años, la materia adelgaza su presencia voluminosa, y su apariencia se hace más delicada.

A partir de 1966, se acelerará el trazado de acciones e intervenciones dirigidas a subrayar el paisaje y los atractivos naturales de la isla, que configurarán su nueva faz y su proyección internacional. Se dibujan las líneas mayores del programa de actuación, atentas a planteamientos ambientalistas y al concepto de *genius loci*. Cultura, estética y naturaleza delimitan las coordenadas de su innovadora apuesta de arte público y paisajismo, en la que el artista se enfrascará hasta bien entrada la década de los setenta, hasta el final de sus días. A medida que esto sucede, su pintura se resiente, en particular a partir de comienzos de los ochenta. El paisaje funcional primero, el activismo de corte ecologista después, concentrarán y absorberán sus energías.

La pintura, progresivamente pasa a convertirse en un fragmento de un sistema artístico y una poética más ambiciosa, integradora y compleja, transversal y socio-económica, también ética, que desborda los géneros y que denominaría Arte-Naturaleza, Naturaleza-Arte. Su nueva fórmula consiste en seleccionar amplios espacios naturales en los que actúa integrando arquitectura, paisaje, jardinería, pintura, sonido, diseño, escultura, equipamientos..., con una declarada actitud de respeto a la naturaleza. En resumen: “introducir el arte en simbiosis con la naturaleza”, como expresara en distintas ocasiones. Prácticas que lo convertirán en un artista anómalo y descentrado, fuera de foco, en nuestro país.

Hacia 1973, después de un paréntesis de tres años de inactividad pictórica, incorpora una variación significativa a su registro expresivo plástico. Rasgos y trazas de figuración acceden a su vocabulario, integrándose en la gramática matérica que venía cultivando. Piezas traducidas en formas sintéticas a caballo entre deconstrucciones de cuerpos o figuras y meras abstracciones construidas, alternadas con cuadros que continúan en la lógica del informalismo matérico característico del pintor. Las abundantes pinturas de esta serie —sus *calcinaciones* y *enterramientos*— se extienden, con variaciones en cuanto a la intensidad de los signos figurativos, hasta 1977.

A partir de los ochenta, su universo estético se solidifica, para hacer una pintura que se convierte en su refugio espiritual frente al ajetreo público que se deriva de su compromiso ambientalista y de su actividad como paisajista. Además de su materia convencional, ahora notablemente suavizada sobre amplias superficies de color, emplea materiales diversos: cartones, papel, corcho, hierro, madera, arpilleras... De la producción de los ochenta, merece ser destacada la serie *Fauna Atlántica*, diversas piezas seriadas y numeradas, que, bajo el genérico título de *Fósil*, actualizan el mundo subterráneo, la *poética paleontológica*, perfilada en la década anterior. A comienzos de los noventa se concentra en algunas piezas de gran formato, unas de superficie, otras atravesando la piel del mundo, para explorar la entraña de la Tierra.